



La curva de Carus

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN
Gisela Iliana Franco Deándar
Liliana Poveda

VOCALES EDITORIALISTAS
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

La curva de Carus
© Yaeli Miranda Pech

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta: Bebé en posición lateral dentro del útero materno, libro *Atlas Abildungen* de D. W. Busch (Berlín, 1841).

ISBN: 978-970-96425-4-4

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

La curva de Carus

Yaelí Miranda Pech

colección



Soltar las amarras

Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendiendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

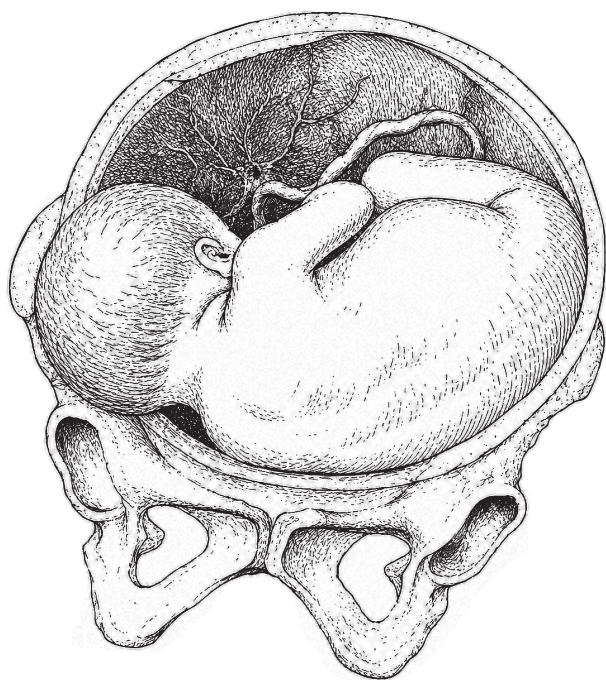
Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA



Para Sebastián Iram

*La orfandad es un extraño peso
que me habita
y tengo miedo:
por primera vez
se estremece mi suelo errante
la soledad.*

Esther Seligson

[turbulencia]

Grano fino

*yo tengo un recuerdo amado
que ya no sé si lo viví
o simplemente lo he soñado,
pero es mío,
tan mío,
que lo guardo
como guarda el avaro su tesoro.*

Víctor Aldrete

[80]

Dediqué el jueves y viernes santo a restaurar un librero. El mueble no es una herencia familiar por lo que mi afán de restaurarlo no obedece a aspectos sentimentales. O eso creí. “Restaurar significa ir a través del objeto hacia el origen del pensamiento que lo ha concebido”, escribe Mariagrazia Trevisan. Restaurar está íntimamente ligado al acto de conocer. Poco puedo decir yo del carpintero que creó a la medida este librero viejo, poco menos del dueño anterior, quien dejó este desierto más de treinta años atrás. El librero que restauro perteneció al poeta Víctor Aldrete —quien también amaba otro arte, el de la encuadernación—, este albergó por años la extensa biblioteca que su esposa, casi centenaria, cuidó con la ayuda de cientos de clavos aromáticos tras los libros para ahuyentar la carcoma. Cuando fui a recogerlo entré a su estudio. El escritorio todavía estaba ahí, de espaldas a un pequeño jardín donde enredaderas secas denotaban tiempos mejores. Traje conmigo también la primera edición de *El luto humano*, de José Revueltas, y

Rayuela, de Julio Cortázar, ambos encuadernados por él. La mujer que me atendió me dijo que tomara los libros que quisiera de un montón de cajas apiladas en la entrada de la casa. Todas irían a parar a un centro educativo donde no los iban apreciar, argumentó. Comprendo la admiración que sintió Carlos Montemayor por un hombre que se dedicó a los libros en varios sentidos: encuadernar, editar e imprimir, y a resguardar la memoria de una tierra árida a través de la poesía. Aldrete es la razón por la cual Montemayor escribió “El Alba”, un cuento publicado en 1987 en el libro *El alba y otros cuentos*. Intuyo que la elección del nombre del libro también se la debemos al poeta.

Restaurar requiere un cierto grado de sosiego. La fascinación por el acto de restaurar, pensaba, apareció unos años atrás cuando me cambié de casa y empecé a planear la organización y los muebles que irían en el estudio. El verdadero origen no tardó en aparecer. De mis siete años recuerdo poco, pero cuando heredamos la casa de al lado la recibimos casi vacía. Las tías se habían encargado de la ávida tarea cuando metieron a su hermano en un asilo, del cual mi padre lo sacó meses después. Recuerdo que rescatamos dos mesitas (una baja y la otra de tres patas), un trastero y una silla. Recuerdo también el montón de botes de leche apilados en un rincón, que, años atrás, fue el patio de una escuela y de un taller para hacer carretas. Mi madre nada sabe sobre diferentes tipos y números de grano para lijar el mueble o de poner *primer* para que la pintura agarre bien. Ella cubrió los muebles con pintura de aceite que le había sobrado de cuando pintó las paredes de la cocina. La mesita baja se convirtió en el botiquín de las medicinas, hoy guarda las bolsas del mandado; la silla estuvo muchos

años en el comedor; la mesa alta de tres patas fue mi primer escritorio y el trastero azul mi librero.

[120]

He terminado de lijar la primera parte del librero. Su olor a madera de pino me remonta al bosque que procuro visitar una vez al año. El bosque se convirtió en el espacio donde suelo descansar. Vivir en el desierto requiere —supongo— de ciertos senderos que conduzcan a ese vasto verde opaco para olvidar la carencia y a ese otro árbol que me habita.

Restaurar significa descubrir las cicatrices que yacen bajo las capas de pintura y el tiempo; sanarlas es el nuevo brío de otra época, otra etapa a transitar. Por eso para restaurar habrá que decidirse a hacerlo. No se trata de una actividad que nos sobrevenga, como tender la cama o lavar los trastos acumulados en el fregadero. Restaurar requiere tiempo, hacer un espacio en nuestra casa para enmudecer por un largo periodo durante el cual solo se escucha el tallado de la lija sobre la madera. Pienso en algo parecido cuando acudimos a cortarnos el cabello. Los mechones caen alrededor, y si el peluquero no te atosiga con la vida de otras clientas, puedes escuchar el sonido de las tijeras.

Valeria me contó que el oficio del restaurador, aquí en el norte, apenas es conocido. Es raro encontrar muebles que valga la pena restaurar —le entendí entre líneas—, la mayoría de los muebles son de baja calidad, mientras que en el centro-sur del país puedes encontrar verdaderas joyas. A Valeria la conocí cuando le compré un sillón estilo danés hecho de caoba. Con otro color, no este azul quemado que habita mi casa, perteneció a una familia de origen español.

El pino, en cambio, es la madera más comercializada, su resistencia a la humedad la debe a su alto grado de resinosidad y es esta resiliencia la causante de su condena. Los últimos bosques añosos de Europa, que hasta finales de los noventas se resguardaban de nuestra mano en los Montes Cárpatos, enfrentan hoy una guerra contra las multinacionales de muebles de diseño y prácticos para el hogar. Los muebles dejaron de tener historia, al igual que la ropa y las casas.

La última vez que fui al bosque, Soledad nos advirtió que si escuchábamos ruido por la noche no nos asustáramos. Al principio no comprendí a qué se refería. Nuestros bosques también están en guerra. Lo había olvidado. Restaurar es entonces un acto de guerra. Una noble misión, un oficio necesario. Los seres humanos restauramos lo que consideramos patrimonio, una herencia colectiva y universal que nos define: edificios, arte, papiros son, por acuerdo común, la historia de la humanidad. La madera, aunque cercana y vital, poco puede decir en su defensa. Nos jactamos de ella y la usamos para evidenciar nuestros egos. El ser humano deberá convertirse en un restaurador si desea seguir existiendo.

[150]

El librero, como intermediario —explica Alfonso Reyes—, fue primero manufacturero, editor y vendedor al menudeo, todo en uno. Su labor consistía en entregar al público una parte de la obra en un escaso número de ejemplares para tantear su aceptación. Posteriormente, con el nacimiento de las grandes bibliotecas, los libreros se encargarían de guiar el acceso a los libros acomodados minuciosamente en

los estantes —que más adelante adoptarían el nombre del oficio que los vio surgir y guardarían, hasta hoy, su genética comercializadora. La disposición de los libros y los objetos en un librero es la decodificación del pensamiento de quien los ha dispuesto. Cuartos dispuestos para alojar los pensamientos humanos, diría Pavić: soleados y sombríos.

A veces, durante el café matutino, le narro a mamá algún suceso del pasado: cuando nos dibujaba vestidos para que los pintásemos mientras ella lavaba ropa; cuando me decía que el café quemaba el corazón porque yo solo quería desayunar eso; cuando reprendía a mi hermano por habernos golpeado. ¿Sí?! Yo no lo recuerdo —suele decir cuando no logra evocar la imagen de aquel momento. Una enfermedad que nunca tuvo nombre (un fantasma) le arrancó pedazos enteros de su vida. Yo le narro para poner en pie lo que se ha caído.

[220]

La pérdida de memoria llevó a la artista plástica Mary Farnham a vivir sus últimos años en una residencia en Oregon, ahí continuó creando. Las paredes de su cuarto las pintó de verde. “Todo restaurador debe recorrer ese camino”, insiste Trevisan refiriéndose a caminar hacia el origen del pensamiento que concibe: restaurar es agotar el recuerdo.

Ruptura de una madre

Existe un monumento a la madre que duerme frente al Santuario de Guadalupe en la ciudad de Chihuahua. La mujer cubierta de pies a cabeza con un largo vestido y un rebozo abraza a un niño semidesnudo. El cariño es notorio. La realidad es otra. Con casi ochenta años de supervivencia, nunca la he visitado. En cambio, estuve segura por casi un mes de haber visto a una madre y su hija en otra calle de la ciudad.

Mon amour inaugura la segunda parte del corredor escultórico en el centro de Chihuahua. La calle Victoria corre paralela a la Libertad, pero son dos cosas distintas. A una la llamamos calle, a la otra, paseo. Ambas fueron tierra alguna vez. La Libertad se ha quedado en el pasado. Su aspecto cobrizo y sus avejentados locales contrastan con la modernidad de la Victoria, donde los arrendatarios debieron invertir en la fachada para encuadrar en el marco. Los árboles ausentes en la Libertad provocan que el caminante sienta que al pasar de una calle a la otra cambia de ciudad, de clima y de ambiente. En una caminan los de abajo y en otra los funcionarios y quienes pueden costearse un Starbucks o un desayuno en el McDonald's. Justo a unos pasos, se levanta el acero al carbón con siete metros de alto. La escultura la he visto cientos de veces, mi trabajo me obliga a pasar casi a diario por allí, pero, aunque siempre me había causado asombro, nunca le puse atención hasta el día en que, bajo el inhóspito sol, me acerqué a ella y descubrí que era la obra de Águeda Lozano. Su escultura me pareció inmediatamente emblemática por

el lugar en el que se sitúa y del que surge: al frente la catedral de la ciudad, en contra esquina del Congreso del Estado, a un lado de la Presidencia Municipal. Debido a mi poco conocimiento del francés —o quizá a mi ansiada búsqueda—, fijé mis ojos en una madre y su hija, y estuve convencida durante días de que así era. *Mon amour* fue —en mi desatino— el cobijo por la otra que salió de las entrañas. Un mausoleo a mi placenta. Pero no. *Mon amour* está inspirada —en palabras de su autora— en la mirada de los amantes durante el acto sexual. No se erigió como un monumento a la maternidad. *Mon amour* no está ahí para exigir sus derechos a esos gigantes de vidrio y concreto, tampoco para recordar la deuda y medirlos con plomada... poco importa. Lo cierto es que el sol caía sobre mis hombros y cuando me acerqué con cautela a revisar su placa, su nombre se convirtió en mi cabeza en una simbólica irrupción de la maternidad en esa llanura extensa de concreto. La eme inexistente fue la puerta para la ensoñación que devino después. *Mon amour* es una ruptura y la primera ruptura que enfrentamos es nuestro nacimiento. Es en el parto donde rotura y ruptura tienen un encuentro tan cercano que se les puede ver trenzadas como el cordón umbilical que une a la placenta con el bebé. Por eso mi desatino no cedió, porque mi búsqueda inició en ese momento, y, si lo pienso un poco más, la mirada en el ser humano no es un instinto. El recién nacido clava sus ojos en quien le sostiene. Maternar es un vínculo, como todos, frágil, pero no un instinto. Es una ruptura.

*

Mi hijo mantuvo su mirada en mí por casi nueve meses, era como si quisiera asegurarse de que ya no lo dejaría nunca

más. El momento de mirarnos nos había sido arrebatado, la memoria que debimos construir en esos primeros segundos nos costó meses ordenarla. Rebeca Wild explica que no solo el oído y el olfato están preparados para el encuentro con nuestra madre, sino que los ojos también están a la expectativa del importante acontecimiento: mirar su cara a una distancia y desde un ángulo ideal —desde el pecho. Las premisas para interesarse por los rostros humanos están ahí, añade. La capacidad para amar se erige entre los fluidos de nuestro nacimiento, insiste Michel Odent. El parto es una oportunidad, pero la luz blanca de la sala de expulsión impide que sea percibida: acaece el abandono.

Parir y nacer son dos verbos frágiles. La fragilidad asoma entre los espacios que separan una letra de la otra, como el cartílago que une nuestros cinco dedos. El lenguaje corporal de nuestra mano nos puede delatar la mayoría de las veces, por eso es necesario educarla en el arte de la oratoria, pero son las manos las que nos distinguen, son nuestras manos armas de amor y de violencia. Con ellas acaricio, con ellas mato. El otro está en el nacimiento, pero como nos hemos virado, le hemos omitido, nos encontramos naciendo de *continuum* y nos negamos a morir.

Cuando Raquel Schallman dejó de trabajar en un hospital se sintió liberada, había ocurrido la ruptura que fue gestándose durante todos los partos que atendió y en los cuales se percató de que no había apuro en parir y menos en intervenir. Era otra, su sometimiento al poder médico había concluido. Creo entenderlo. Cuando dejé el consultorio de uno de los obstetras más reconocidos en la ciudad después de haberme dicho que me arrepentiría toda mi vida de parir en casa, me sentí frágil, pero también

descubrí que era otra.

*

El acto de romper parece tener prisa y por eso poca atención se le ha dado, porque pensamos siempre en lo que queda después y nada del instante en el que se quiebra, en el que la rotura de sus materiales acaece en otra cosa que ya no es una taza. La maternidad es así: una ruptura. El parto es así. La rotura de aguas nos indica que el momento está cercano, pero no es una indicación solo para nosotras, sino también para ese otro. Ibone Olza insiste en la necesidad de pensarlo, de encontrar todas las preguntas que se tengan que responder alrededor de ese cuerpo que se convierte en dos, porque al igual que lo experimentó Adrienne Rich, el embrión no se percibe en el útero como “algo tan decisivamente interno . . . sino más bien como algo que está dentro y en mí. Sin embargo, se conviert[e] en algo, cada hora y cada día, más separado de mí y de sí”.

Nuestro útero se rompe para que el trofoblasto se interne en el endometrio y comience a formar la placenta, mientras que el embrioblasto en el hueco del útero será el cuerpo del bebé. Algunas mujeres experimentan un sangrado leve a causa de ese proceso. Una ruptura. Son dos, no puedo asegurarlo, pero se ve claramente que son dos —me dijo el ginecólogo con sorpresa. Sin palabras, salimos de la clínica. Pensar en dos también fue un proceso de días.

Los monumentos relacionados con la maternidad siempre hacen alusión a su abnegación, su papel fundamental en la sociedad y otras tantas palabras que suponen explicar lo maternal, pero que dejan otras fuera porque las que se

realzan convienen al sistema. Los monumentos a la maternidad están disfrazados de victoria, pero nunca de libertad. Ruptura no figura como un adjetivo maternal, pero es la palabra indicada, aunque la maternidad no necesariamente deba conjugarla en términos negativos. Después del parto, una mujer ha devenido en madre. Toda la incertidumbre que la habitaba se vuelve tangible y es por eso que Sheila Kitzinger insiste en que “la atención no debería centrarse en la recuperación ni el regreso, sino en la transformación”.

*

A finales de la década pasada, en Qatar, se reinaugararon catorce esculturas que aluden a la gestación. La obra del británico Damien Hirst ha sido polémica y permaneció oculta cinco años. Algunos ven en ella una reducción de la maternidad. Alejada del sacrificio y la abnegación que tenía en los siglos XIX y XX, en este siglo XXI la maternidad parece estar ligada a términos mecánicos: el útero como una fábrica. Esta concepción no es nueva. Desde los años setenta Shulamith Firestone ya aludía a que gestar es nuestra fuente de debilidad. El útero como una herramienta en contra de nosotras. Acudimos entonces a una extrañación de ese útero primitivo y esa separación nos llevó lejos de nuestro cuerpo. El útero se nos presenta como una máquina capaz de producir a otro ser humano, pero no como una casa donde crezcan los árboles. Por eso hemos olvidado que el útero es parte de nuestra sexualidad y desconocemos su placer en totalidad.

Las estatuas de Hirst pueden ser interpretadas de variadas formas. Rescato la ventana abierta a un proceso que

ha sido denigrado, olvidado y roto: miro el alumbramiento de mi placenta. Cuando nací me separaron de mi madre y no la miré hasta el otro día porque no había dinero para pagar la cuenta. Mi cuerpo que buscaba a su cuerpo me fue arrebatado desde el nacimiento.

Con una buena observación todas las puertas están abiertas, dice Águeda respecto a la disciplina en el dibujo. *Mon amour* no se inscribió como un homenaje a la maternidad, pero la ruptura de su acero al carbón es la protesta que había estado esperando.

Mujer horizontal

Estuve en ese espacio que nos pertenece y del que me echaron, explica Iciár Bollaín. Luego de dos noches largas en labor de parto, mi cansancio era evidente. Le había ordenado a mi hijo que saliera de mí cuando todavía no estaba listo.

[Permanesco horizontal. Quiero verlo nacer. No puedo. Ellos sí pueden.

Yo no.]

Las mujeres cuidamos todo el tiempo, pero en nuestro momento más vulnerable no podemos decidir sobre el cuidado propio. Michel Odent plantea que para lograr partos exitosos es necesario conocer las necesidades primordiales de la mujer en parto: penumbra y silencio. Proteger ese espacio tendría que ser la prioridad. Un espacio emocional antes que físico. Sin embargo, el cuidado rara vez lo brinda quien está a cargo. Cuando Fabienne Brugère analiza la relación médico-paciente introduce la figura de un tercer elemento: la enfermera como alguien que podría ver las cosas que el médico ha pasado por alto; pero la autoridad del cuidado no está en ella, sino en el obstetra, que la mayoría de las veces no ve. Incluso —nos recuerda Ina May Gaskin—, las enfermeras obstétricas a lo largo del siglo han sido reprendidas si un bebé llegaba antes que el médico, y es por eso que muchas de ellas, lejos de su vocación de cuidado, aprendieron técnicas para evitar el parto —como sujetar las piernas de la mujer— para así no perder el trabajo.

[Yo parí un 24 de diciembre, picaba el botón para que las enfermeras vinieran y me explicaran qué me estaba pasando, pero nadie vino.]

En el Seguro Social, una mujer ralámuli grita de angustia... a ella no le advirtieron que las enfermeras se ponen de acuerdo para maltratar y no atender a las gritonas. Quizá el dolor, la ausencia y el miedo no son suficientes motivos: deberás parir con dolor y en silencio, dice nuestro sistema. Antes de la era industrial, el médico solo aparecía en la escena si el parto se complicaba y había que utilizar fórceps. Todo transcurría en un entorno tranquilo, la madre permanecía rodeada de unas cuantas mujeres y la comadrona con sus hilos para tejer. Odent explica que lo más importante en el parto es reducir la actividad del neocórtex, y la estimulación de este la sintetiza en cuatro nudos: lenguaje, luz, sentirse observada y la percepción de un peligro. En una habitación estándar de hospital está el ruido del monitor, la luz blanca que alcanza cada rincón dentro de las cuatro paredes, la cama en el centro, el suelo a un lado y el ruido del goteo... máquinas electrónicas invadiendo nuestras mentes, por eso el hospital no puede ser nuestro espacio en tanto no deseen mirarnos a la cara mientras parimos.

Él dijo que no había dilatación alguna. En una semana induciría mi parto si permanecía cerrada. Busqué una puerta, dos para salir porque mi temor más grande era terminar en una cesárea. El verbo inducir es sinónimo de apresurar. Eso no te lo explican en las clases de biología. Me aplicaron oxitocina sintética inmediatamente después de ingresar al hospital. Tres de dilatación para un sábado significa un día largo y con altas posibilidades de pasar la madrugada ahí, ¿quién quiere desvelarse en domingo? Los obstetras no, no mientras una mujer gime. A los cinco centímetros rompí fuente. Le pidieron a mi esposo que saliera

de la sala. Entraron desconocidos. Me convertí en feto y experimenté la angustia.

[Le tomé la mano a un desconocido porque mi esposo no estaba y yo me sentía terriblemente sola]

Las piernas dejaron de responderme, dejé de sentir, había que pujar cuando se me dijera y parar ante una nueva indicación. Entonces mi útero se durmió. La poca fuerza que me quedaba no era suficiente para ayudarlo a descender. La anestesia epidural terminó en una extracción instrumental que derivó en una fuerte hemorragia, un desmayo por hipotensión y el inconsolable llanto de mi hijo. He llorado, horizontal, sobre la cama.

Nos hacen creer que debemos dar las gracias por apresurar el nacimiento de nuestros hijos, pero ahora podía comprender a J: su constante miedo a que personas ajenas lo toquen cobró sentido, mi incesante búsqueda de mantenerlo en la hendidura de mi pecho, una lectura sobre otra. La respuesta era la misma: me habían echado del espacio que supone me pertenecía. Venezuela fue el primer país en legislar y reconocer que la violencia obstétrica existe. Argentina el segundo, cuando cuestionó los derechos de padres e hijos durante el nacimiento. México lo hizo siete años más tarde frente al cincuenta por ciento de nacimientos por cesárea, pero, ¿qué es la violencia obstétrica? ¿La había experimentado?, me pregunté. Entre sus definiciones, Ibone Olza sintetiza: negligencia en la atención obstétrica, obligarnos a parir en posición supina y con las piernas levantadas en lugar de parir vertical, llevarse a nuestro hijo al nacer y antes de ser amamantado, alterar

el proceso natural de nuestro parto sin consentimiento, y practicar una cesárea sin autorización y habiendo las condiciones para un parto vaginal.

[A él le cuesta mucho ver ese video.
Es duro verlo. Ver la brutalidad con la que
es tratado tu cuerpo, jalan y te abren]

La dimensión del problema es grave. Cuando deseas buscar una ginecóloga obstetra te percatas que son pocas. La sala de expulsión ha pertenecido al hombre durante muchos años. Pero existe un problema mayor, tampoco el que sea mujer te garantiza un trato humano. No tienes nada de dilatación —me aseguró la doctora de guardia casi con sarcasmo. Estoy de parto —le dije. No me creyó. El doctor me revisó ayer y dijo que tenía dos de dilatación —agregué. La duda apareció en su rostro y volvió a hacerme aquel doloroso tacto vaginal. Es cierto, tienes tres de dilatación —concluyó. La obstetricia fue concebida en un principio para atender los partos anormales. La casa era el hogar del nacimiento, el hospital la excepción. Adrienne Rich explica que la partería se consideraba una actividad sucia en la Edad Media, ni el padre ni otro hombre debía presenciar el parto y las comadronas realizaban —por orden del sacerdote— el bautismo *in útero* con una jeringa de agua bendita. El parto, sucio o no, era un asunto de mujeres. Sin embargo, el poder que el estado otorgó al sistema de salud sobre los cuerpos, y posteriormente sobre el cuerpo pariendo, fue dejando en el olvido la casa maternal y la partería se convirtió en cosa del pasado. Argumentos sobran: falta de higiene, el parto es peligroso, el parto duele, las parteras son ignorantes, la mujer no sabe

parir. La creencia del médico en la ignorancia de las parteras proviene de la suya propia, alude Robbie Davis-Floyd.

Durante la pandemia, la partería experimentó un leve incremento. Algunas madres tuvieron temor de parir en un hospital, otras no encontraron lugar en las instituciones cercanas. El miedo me paralizó también. El obstetra me dejó claro que no atendía partos sin practicar la episiotomía. Acepté por el temor a contagiarme visitando otros hospitales en busca de un ginecólogo que me garantizara lo que deseaba: no episiotomía, no oxitocina, no epidural. Todo lo sufrió mi cuerpo.

[Es que me encuentro sola
mientras me cosen]

Casi dos años después acudí a una ginecóloga uróloga. Mi vida sexual estaba en declive. Necesitaba respuestas y pensé que ella podría comprenderme. Corazón, ya no debes amamantar a tu niño. Él ya no te necesita —dijo con voz melosa. Al entrar, yo era una mujer profesionalista de treinta y un años, luego me convertí en una niña a la que se le habla con cariño para que entienda que no hay ningún problema y que además debe dejar de lactar a su hijo, pero cuando salí de su consultorio —al que tenía claro no volvería— no era una niña, era una mujer fuera del sistema. Nadie te dice que una de las consecuencias de la episiotomía es tener dolor durante las relaciones sexuales. En cambio, el obstetra me dijo que se trataba de una inflamación que aún no cedía. En algunas mujeres tarda más, agregé. Ahora sé que “algunas” mujeres sanan pronto, pero es inusual, la mayoría cargamos con el dolor durante mucho tiem-

po, al que posteriormente añadimos la culpa por no poder disfrutar un momento que era tan nuestro. Fracasamos, parece que siempre fracasamos.

[No fui lo suficientemente
buena mujer para poder parir]

La industrialización del parto incluye el concepto de estandarización.¹ Una línea de producción infinita. Una serie de protocolos para establecer cómo será el parto: ¿la mujer es obesa? ¿Es diabética? ¿Es débil? ¿La mujer sabe pujar?

No había confianza en aquella habitación. De hecho, no hay confianza en ninguna sala de expulsión, todas partieron de la idea de que somos unas máquinas defectuosas que no saben parir. Sabemos. En lo profundo está enterrada esa fuerza, bajo toneladas de concreto está nuestro cuerpo que entregamos pasivamente una y otra vez. Rich nos lo dijo cuarenta años atrás: mientras esta entrega pasiva continúe, “otras clases de cambios sociales solo podrán transformar en proporciones mínimas la relación con nosotras mismas, con el poder y con el mundo exterior a nuestros cuerpos”.

¹ Odent, *El nacimiento en la era del plástico*, p. 165.

[Les hacía dilatación
manual. A todas les
hacía la maniobra de
Kristeller y les pegaba
en las nalgas para
indicar hacia dónde
debían pujar]

La episiotomía es una cirugía, hay quienes incluso la ven como una mutilación. Te hacen creer que es mejor que un desgarro cuando la evidencia dice lo contrario, incluso cuando las organizaciones y normas de la atención al parto la desaconsejan. A inicios de su carrera en 1609, Jacques Guillemeau tenía claro que el cirujano solo debía intervenir en partos complicados, las parteras eran las encargadas de monitorear la evolución del embarazo y el parto. No obstante, Guillemeau se arrepentiría después y pondría al médico bien educado por encima de la partera incompetente. Desde entonces los médicos se encargaron de establecer las medidas para certificar a las parteras, casi siempre basadas en los manuales de partería escritos por ellos mismos. Las parteras no siguen protocolos, explica Guadalupe Blanco, la atención siempre es individualizada. En México existen alrededor de veinte mil parteras, solo trescientas se consideran profesionales por contar con algún tipo de certificación, el resto son clasificadas entre tradicionales, autónomas o enfermeras obstétricas. Yo dejé de apostarle a los hospitales porque no veía grandes cambios —dijo cuando la entrevisté durante mi segundo embarazo. A Mariana la conocí primero por nombre, un diminuto mapa de México reunía los nombres de las parteras certificadas y los lugares donde residían, pero

Mariana se había marchado en ese entonces a otro estado, el nuestro es un terreno estéril.

Matilde Montoya ejerció la partería de 1873 a 1880, año en el que abandonaría Veracruz para estudiar medicina. Roberto Uribe supone que la inclinación de Montoya hacia la investigación se debió a su claro deseo de evidenciar su acceso a la gran disciplina médica. Creo que en realidad no se dirigió a la obstetricia porque no había algo más que aprender sobre el parto. Su experiencia como partera y el éxito de sus manos ya le habían granjeado varios desencuentros. Además, las palabras de Bartolache y Díaz de Posadas cavarían hondo en la tardía Nueva España: “Hablemos claro señoras: mientras no aprendieren estas mujeres el arte de partear, escrita y perfeccionada hoy por hombres muy hábiles, es disparate fiarse de las comadronas para otra cosa que para recibir y bañar la criatura y mudar ropa limpia a la parida”.

[Tienes que saber pujar,
me dijo tras mi intento
fallido]

Mi hijo no nació lento, lo poco que supe e intuí fue una llegada rápida, disparado en la habitación blanca, fuera de mí. Nueve meses en mi vientre no eran suficiente para tener el derecho de vigilar su llegada al mundo. Otras manos extrañas lo bañaron y lo dejaron en un hueco de cristal, lejos de mí. Su nacimiento es el milagro más grande que he experimentado, pero también fue la puerta por la que salí en busca de una respuesta, la respuesta codificada en mi cuer-

po. ¿Por qué nuestro primer hijo tiene que pagar el precio para que podamos abandonar el cuarto blanco? La mayoría de nosotras, quienes hemos despertado de la ensoñación, cargamos con una mala experiencia. Unas se han vuelto parteras, otras *doulas*, asesoras de lactancia, otras, como yo, escribimos. Parir también es un viaje, comprender el significado de *parirás con dolor* es otro, uno desértico, uno donde pocas veces te ofrecen agua, uno donde los ojos te miran a través de la ventana y te creen enajenada. ¿Cuándo nos perdimos tanto? ¿Cómo se borraron de nuestro cuerpo los siglos? ¿Por qué las verdades del siglo xx son nuestras verdades? La libertad se trataba de ocupar el espacio público, lograr el voto, usar un maletín. Me han engañado, la libertad se trata de parir. Parir como decidamos parir, “recuperar la capacidad de decidir qué queremos hacer y cómo queremos estar cuando nuestro hijo nazca”.²

Si decides tener a tu hijo en casa, los gastos de la partera o de una *doula* que te acompañe no entran en el seguro médico. Además, debes pasar por una serie de exámenes para demostrar que eres capaz de superarlo, y esto solo aumenta el estrés y la ansiedad, explica Sheila Kitzinger, o bien, te etiquetan de irresponsable, un peligro, una loca...

[Se negó a recibirme
en el hospital si algo
se complicaba en casa]

² Schallman, Raquel. *Parir en libertad*, p. 37.

Pujar es como hacer caca, escuché decir. Pujar es el efecto de una estrecha relación con el útero como cualquier fenómeno con sus condiciones iniciales. Desconocía entonces que mi útero, como toda casa, tenía el papel de cobijarlo y luego impulsarlo a salir. El reflejo de eyección del feto, le llaman. El dolor no es lo único que desaparece con la anestesia epidural, también el esfuerzo voluntario.

Parir es saberlo todo, aunque luego no sepa qué fue ese todo, describe Schallman y repite Olza. Parir no es sinónimo de lugar. Puede ser en el hospital, en un centro de maternidad o en la casa. Parir es el poder de decidir y, si se opta por la medicalización, estar consciente de los riesgos, pero no por una imposición o porque temamos sufrir la maldición de Eva. Parir sin dolor se presentó como una victoria feminista, pero solo fue una contramedida velada, un lobo vestido de oveja. La renuncia al dolor durante el parto se convirtió en una fragmentación de todo el proceso. Es en la época del sueño crepuscular donde se hizo rutinario separar al bebé recién nacido de su madre para que ella tuviera la oportunidad de recuperar la conciencia *se*.

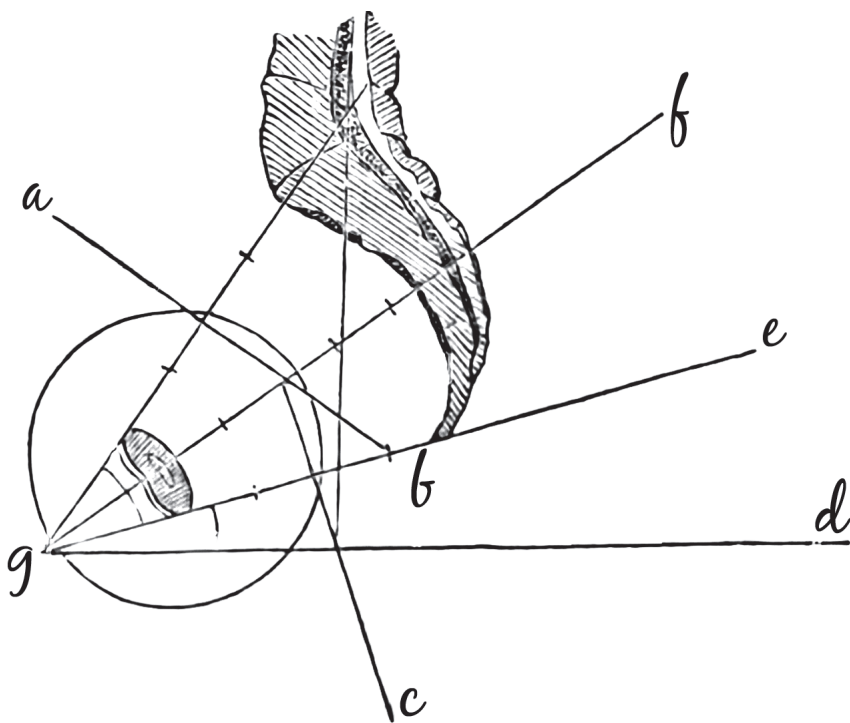
[Me lo quise poner en
el pecho para sentir
su piel, el pediatra
me regañó. No me lo
esté enfriando, dijo]

El dolor sigue estando, me atrevo a decir que sus raíces son más profundas. Es un dolor emocional, un dolor que está enterrado en la memoria. Un condicionamiento cultural —afirma Odent— que nos engulle a tal grado que no se nos ocurre pensar que nosotras podemos darle a nuestro hijo los primeros cuidados. El pediatra se lleva a nuestro bebé sano. Nosotras debemos desenterrar las muchas raíces de la violencia simbólica para poder plantar semillas que den nuevos frutos, dice Josefina Goberna. A veces es mejor no saber, pienso de pronto, pero sé que esa no es la respuesta porque muchas mujeres no sabrán nunca el porqué de tantas preguntas respecto a sus cuerpos, a su sexualidad, al comportamiento de sus hijos. El velo permanece. Tomar en cuenta nuestra vulnerabilidad nos llevaría a la opacidad del comienzo, explica Brugère. El parto nos atraviesa más de lo que queremos aceptar.

[El nacimiento de mi hijo me empujó a descifrar el propio]

Para apreciar el horizonte nosotras debemos ser verticales. A veces deseo estar embarazada de nuevo de J, esperarlo dentro de estas cálidas paredes, ubicar junto al dormitorio geranios blancos que anuncien su llegada, escoger la canción de fondo: el ritmo de su nacimiento. Quizá durante lo que me reste de vida sentiré que él no ha salido de mi vientre y me arrepentiré de no haber sido una fiera.

[bifurcación]



La curva de Carus. Modelo anatómico del eje pélvico propuesto por Carl Gustav Carus.

La curva de Carus

Las personas que atienden a mujeres embarazadas y parturientas —ya sean comadronas, enfermeras o médicos— no deberían tener unas manos ignorantes.

Ina May Gaskin

En una vitrina del Real Colegio de Obstetras y Ginecólogos en Londres, los fórceps de Chamberlain descansan; el viaje desde aquella buhardilla en Woodham Mortimer hasta aquí ha sido largo. Su estirpe ha sobrevivido escondida en la sala de expulsión, un huésped insospechado que siempre espera tras la puerta secreta. La historia del fórceps es pedregosa. No se remite solo a la familia Chamberlain, sino que existen vestigios desde el 3 000 a.C. en el templo Kim Ombo, Egipto: ganchos y una especie de cucharas ovoides. O el dudoso bajorrelieve romano en el que un médico exhibe orgulloso el fórceps que acaba de usar. O el *Yujna-Sanku* hindú. O la pinza extractora de Avicena. El fórceps fue en principio una herramienta extractora de bebés muertos. En realidad, el mérito de los Chamberlain fue separar las pinzas y mantener el secreto por más de cien años, cuatro generaciones. Incluso se cree que cuando por fin vendieron su instrumento a Roger Roonhuysen solo entregaron una pinza, la cual se usaba como si fuese cuchara o espátula.

a

No podría comer el caldo de res sin una cuchara, pienso, mientras le enumero a Sebastián la importancia de las tres

curvaturas para el desarrollo del fórceps: cefálica, pélvica y perineal. De todas, la segunda fue la modificación más importante. Gracias a este instrumento fue posible, en palabras de Germán Merino, “salvar la vida de los pequeños en peligro y estrujados a lo largo de un túnel angosto, el pasadizo más estrecho, oscuro y complicado que debemos atravesar a lo largo de nuestra existencia, para ver la luz”. Antes de la silicona y el acero inoxidable estuvieron la madera, las conchas y los huesos, algo más cercano a nuestra carne perecedera. Las cucharas de mi cocina, similares a la puritana por su aspecto conservador, y a la de trébol, por su forma moderna, nunca merecieron mi atención hasta ahora. Nos gustaron porque no tenían ningún adorno ni eran demasiado pesadas. En ese momento y hasta hace unos días, no hubiese imaginado una época en la que las cucharas tuvieran en el mango a uno de los doce apóstoles, que el juego fueran trece para incluir a Jesucristo y que este fuese el regalo perfecto para el bautizo de un recién nacido. El pavor de tomar la comida con las manos apareció en nuestro mundo racional y moderno: una angustia ante lo pegajoso y lo ruidoso que es, explica Bee Wilson. Comer en silencio era la nueva norma y así también debíamos parir.

6

Los nombres de los ginecólogos están unidos a los procesos de nuestro cuerpo como si ellos los hubiesen inventado, subraya Sheila Kitzinger. Descifrar por qué el eje pélvico lleva el apellido Carus no fue tarea fácil. Carl Gustav Carus es más reconocido por su trabajo psicológico que por su labor como obstetra, y aun así se encuentra a la sombra de Freud. ¿Dónde estaba la relación?, me pregunté por horas mientras investigaba. Carus describe que la vida humana

se divide en varios periodos que van desde lo inconsciente hasta lo consciente, de lo embrionario al periodo posterior al nacimiento. Propuso tres estratos en el inconsciente: el absoluto general, el absoluto parcial y el relativo o secundario: “sentimientos, percepciones u representaciones, que nos pertenecieron en un momento u otro y que se han convertido en inconscientes”. ¿De alguna manera Carus ya se había adelantado a la psicología prenatal de David Chamberlain y Thomas Verny? ¿Podría ser esa la razón por la que ese túnel angosto que atravesamos antes de nacer llevara su nombre? El inconsciente es prometeico y epimeteico, “dirigido hacia el futuro y hacia el pasado, pero no conoce el presente”, insiste Carus, pero esa no fue la razón. Hendrik van Deventer introdujo por primera vez el concepto de curvatura pélvica en 1700 y André Levret lo aplicó a su fórceps décadas después, pero fue Carus quien describió matemáticamente la anatomía del canal de parto y la curva imaginaria que sigue el bebé para nacer: el túnel que todo fórceps debía dominar.

c

Entre las maravillosas fotos que acompañan el libro de Barbara Harper, una rompió mi momento de paz al estar amamantando a mi hija. “La fuerte impresión de entrar al mundo en una moderna sala de partos”, dice al pie de la imagen de Suzanne Arms, y no logro evitar —aunque han pasado tres años— ver a J en esa fotografía: la tensión en su cuerpo pequeño, el grito, un dolor recorriéndole hasta lo profundo. Tomen una foto —recomendó la pediatra. Ahora, cada vez que veo ese primer instante me cuestiono si debería conservarla, pero el dolor es el mejor amigo de la memoria.

En una revisión general, me preguntaron por el nacimiento de mi hijo. Parto vaginal instrumentado, me he acostumbrado a decir, si lo dejo hasta vaginal, las miradas son de aprobación, incluso de admiración, pero mi primer parto no fue nada cercano a lo que buscaba, a lo que deseaba para nosotros. Recuerdo la frase de ese médico y amigo entrañable: qué pues. Pues ya ves, respondí. De inicio la expresión me pareció tener un tono de complicidad, quizá de comprensión. Ahora dudo si la expresión no iba dirigida a mi capacidad para parir. ¿Cómo —me gustaría gritar en medio de esa sala—, cómo iba a parir si no me dejaron? Duele mi cuerpo cuando no siente nada. Decidí entonces desarticular mi parto. El mismo método para el que surgió el predecesor del señor F.

He construido una narrativa para comprender porque había dolido y por qué de inicio usé un antifaz, el que nos regalan a todas cuando salimos del hospital: todo está bien, decimos, aunque permanecemos atravesadas en todo el cuerpo. El dolor es una experiencia privada, alude Kitzinger, por eso no todas naufragamos de la misma manera. Investigar sobre mi cuerpo pariendo me ha acercado más a ellas, a las parturientas-dolientes, me he visto entre sus rostros que ocupan las paredes blancas, mi voz se inserta entre los hilos de este tejido anómalo que nos ha heredado el siglo xx: la sociedad tecnocrática. Algunas de nosotras sufrimos el parto, pero decirlo no es bien visto. Tenemos dos discursos opuestos: por un lado, la maternidad feliz que necesariamente debe provenir de un parto feliz, por otro, aceptar que la maternidad es desgastante, también el parto. Es un error —insiste Kitzinger— definir a la tocofobia como “una enfermedad psiquiátrica generada inter-

namente, más que en términos de cómo son tratadas las mujeres en el parto”, el miedo patológico a parir no puede ser entendido fuera de su contexto. No importa si el nacimiento de nuestro hijo fue por cesárea, vaginal instrumentado o natural, lo que importa es el trato, la compañía o la ausencia de ella, lo que no se dijo, lo que quedó en letras chiquitas. Tampoco se trata de nuestras expectativas contrarrestadas con la realidad, no se trata de ser realistas. El problema es la institucionalización de la sociedad en todos los ámbitos, incluido el nacimiento de nuestro hijo y todo el proceso que le rodea.

d

Siempre pensé que los controles prenatales se llevaban a cabo por ultrasonidos abdominales. Cuando me pidieron ponerme una bata y levantar mis piernas me asusté. El doctor explicó cómo sería el procedimiento con el transductor vaginal. Lloré. [El llanto que solo acude a mí en momentos de angustia]. Sabía que estaba a salvo, pero mi cuerpo tiene memoria y era inevitable que el recuerdo acudiera a ese consultorio. Escapar otra vez: el árbol junto a la banqueta, la ferretería azul, los asientos beige; tenía que huir. Autoricé el procedimiento después de unos minutos, pero el amarillo carcomido de aquel escritorio perdura: nuestros miedos siempre vuelven. Me considero una sobreviviente más que una víctima, aunque lo soy. Kitzinger, al estudiar la relación entre el abuso sexual y el parto, deja claro que —sin importar el grado de superación del trauma, de tener o no tener recuerdos del acontecimiento— en una exploración ginecológica o durante el parto, “un recuerdo intenso [te] abrumba de repente”. Me tomó mucho tiempo reconocer el abuso que había sufrido por no

haberse concretado en una violación; una niña con suerte, me consideraba. Pero casarme e ir al ginecólogo desvistió el trauma.

e

La concepción del parto como un proceso patológico se la debemos a De Lee, su fórceps profiláctico se presentó como la solución a los malos resultados del parto vaginal. Y esto favoreció entre las mujeres la aceptación de los partos instrumentados que aumentaron en un setenta por ciento a principios del siglo xx. O'Driscoll introdujo la estimulación artificial del parto al proponer la dilatación de un centímetro por hora y el gráfico con una línea ascendente de la progresión de la labor de parto; en la mayoría de los hospitales la curva del trabajo de parto creada por Emmanuel Friedman sigue vigente, aunque el tiempo de expulsión se ha reducido drásticamente de las dos horas que propuso en un inicio; los irlandeses llamaron a la dirección activa del parto “eficacia militar con rostro humano”, un parto breve y ágil con asistencia personalizada de enfermeros, explica Kitzinger. Son las normas para medirnos, para evaluar las desviaciones.

Adrienne Rich afirma que el fórceps es el instrumento símbolo del arte de la obstetricia. Las parteras no podían usarlos a causa de su ignorancia, aunque en realidad se opusieron a su uso, vieron en el fórceps una herramienta para “precipitar los partos y abreviar así el tiempo” que normalmente requiere el nacimiento. Michel Odent, el obstetra quizá más conocido a favor del parto humanizado, advierte que la oxitocina sintética suele terminar en un parto donde se usa fórceps o ventosa para sacar al bebé. In-

cluso, Germán Merino reconoce que “un bloqueo epidural correctamente dosificado” no debería interferir con la fase de expulsión y que los estudios en donde este se redujo, la mujer recuperó la sensibilidad disminuyendo con ello los partos instrumentados. Lo cierto es que el uso del fórceps llevó a una mayor medicalización del parto, un instrumento “siempre innecesario”, pensaba Babil de Gárate en 1756. No me malinterpreten, históricamente debió ser la única forma para salvar a madre e hijo en un parto complicado. El problema radica en que actualmente un alto porcentaje de los partos vaginales son instrumentados con la finalidad de reducir el índice de las cesáreas, ignorando las consecuencias que van desde lo emocional (apenas analizado) hasta una fractura de cráneo. Las manos de hierro masculinas —como las llama Rich— se utilizan a menudo con brutalidad mecánica para apresurar el nacimiento, como nos encontramos sedadas no sentimos nada, pero las consecuencias aparecen después, junto con la vergüenza de no llegar al baño para orinar. Esta realidad se esconde en todos los hospitales, públicos y privados, pero yo creí poder evadirla. Años atrás había escuchado el relato de un parto en el que un montón de estudiantes acudieron a presenciar, sin notificarle a la joven que paría, el nacimiento de su único hijo. Todos me veían, recuerdo que dijo con un gesto de consternación. Tanto me impactó que aún antes de casarme y contemplar la posibilidad de ser madre, ya había decidido que no pariría en un hospital público, pero mi parto en un hospital privado fue aprovechado para enseñarle a alguien más el correcto uso del fórceps.

El dementerio del fórceps (2019) y *Partos arrebatados* (2021) comparten el mismo dibujo de William Smellie en la portada. El último habla sobre la violencia obstétrica y el mercado alrededor del parto, el primero es una oda al desarrollo histórico del fórceps que, sin embargo, deja ver su lado oscuro, aunque el autor intentase disfrazarlo. La excesiva medicalización es un atentado a nuestra libertad, a nuestro cuerpo que se desplaza, escribe Fina Birulés. Desconocemos todos los beneficios del movimiento libre mientras dilatamos, el túnel se presenta lóbrego y frío, ¿dónde va el calor de ese primer mundo, expectativa del segundo? “Perdimos nuestra humanidad en el momento culminante y más tierno de la vida: el nacimiento de un niño”, afirma Robin Lim.

Es posible que Ana tuviera partos con fórceps. Hugo Chamberlain I era su partero y el mejor secreto de la recién nacida obstetricia moderna seguía oculto. Ha sonado la campanita, el bebé llora en la habitación, todos pueden entrar, pues Peter ya ha guardado su instrumento mágico que protege celosamente. La parturienta permanece con la venda en los ojos... hasta ahora. Los secretos alrededor del uso del fórceps lo mantienen en un misterio como la inicial que se empeña a usar Merino en su libro. El señor F siempre ha cargado con su ambición económica y profesional, tiene acta de nacimiento y sus diferentes nombres—Elliot, Tarnier, Salas o Salinas— le han permitido amasar una fortuna a costa de nuestra vulva, poco importamos las mujeres y nuestros bebés, la carrera la gana quien tenga el mejor instrumento de extracción.

De pronto nuestros cuerpos han vuelto a ser uno, intento asimilarlo e imagino que lo sigo viendo y nadie se lo ha llevado. Me sumerjo en la bañera tras cinco centímetros de dilatación, mi hijo desciende lento. Cuando nace no conoce otras manos ni otra respiración que la mía. Sus ojos y los míos miran desde otro ángulo. Dos años y medio me tomó ponerme en cuclillas, vertical. Señor F, no te debo nada, yo parí a mi hijo.

La placenta de Caín

*Entre las piernas
la humedad de la placenta.*

María Auxiliadora Álvarez

Mi hermano no sabe con certeza en qué mezquite está enterrada su placenta. Mamá pensó —dada su experiencia conmigo—, que parir por segunda vez llevaría su tiempo, pero el primer parto suele durar alrededor de 48 horas o más, mientras que el segundo bien puede suceder en 12. Así que, sin tiempo para moverse a la capital, dio a luz en casa. La misma casa que luego se convirtió en ruinas.

A veces, cuando veo el doble remolino que J tiene me gusta pensar que es parte de ese otro que no fue, pero ese otro era un hematoma de un centímetro. Lo vamos a monitorear, probablemente la placenta lo absorba —le escucho decir, pero aún así tengo miedo.

Resulta imprescindible, en este siglo, que desde el comienzo tengas miedo a llegar al final del embarazo, los finales son siempre indeseados. El miedo, acompañándome esa madrugada, antes de parir, y contradictoriamente el miedo a no parir, a no saber parir, como si J quisiera quedarse para siempre en el útero y yo tuviera que sacarlo a la fuerza. El feto que te explota, leí hace poco. No obstante, me pregunto si el que habla no es el miedo al origen antes que al final, y por eso nuestro afán de controlarlo. Es más temido el principio que el desenlace. Principio de dolores, como mujer que está de parto. Angustia e incertidumbre desde antes de acontecer.

Desde ayer mi hijo me ve diferente —hay una diferencia que nadie más ve—, veo cómo sus ojos se alejan, y no están más dentro de mí; es ahora cuando mi hijo cruza el cérvix hacia la luz; es el momento en que brota de la raíz y asoma su primera hoja, todavía encorvada. Lleva en el tallo una futura placenta.

Existe la costumbre en el pueblo igbo de Nigeria y Ghana de enterrar la placenta bajo un árbol, la hermana gemela, explica Robin Lim, es despedida con un ritual mortuario. Yo solo añadiré que el mezquite nunca me ha parecido un árbol bello. Hay álamos, moros, táscales y hasta naranjos, árboles más frondosos y llenos de vida, pero supongo que ese triste árbol, casi desnudo y desamparado puede abrigar mejor a una placenta. Pienso, entonces, en la primera placenta, no la de Eva al dar a luz a Caín, sino el árbol en el Edén, el del conocimiento, ese árbol perdido que sabía del Bien y el Mal, que dejaba entrar a la humanidad lo bueno y retenía lo malo.

Cuando leí que era altamente recomendable comer nuestra placenta, me horroricé. Yo había comprado aquel libro por la ilusión de saber semana a semana qué le pasaba a J, y, de pronto, en la página 318 me encuentro con la receta de trufas de chocolate y placenta. ¿Eva habrá comido su placenta? Creo que no. Seguramente al verla un miedo conocido le recorrió el cuerpo.

Era un árbol, había crecido a causa del fruto. No fue cierto, no estaba en el cuello de Adán, se había implantado en su útero. Al verla árbol decidió dejarla, quizá le aventó un puñado de tierra, pero es probable que le pidiera a Adán deshacerse de ella para no verla, para olvidar el paraíso.

¿No se instaló el árbol del bien y del mal en Eva? ¿No será un siempre viejo y despreciado árbol que muere cada vez que el ser humano nace? ¿O, por el contrario, es el árbol de vida el que se esconde en la oscuridad del útero? También esa placenta fue despreciada por Eva, y desde entonces sentimos vergüenza por llevar dentro un órgano condenado a morir mientras otros nacen. Exiliado, igual que Adán, igual que Eva.

Henri Atlan afirma que el siglo XXI verá el nacimiento de “una nueva forma de procreación, ajena a la mujer, artificial”. Nacer tomará otro significado. Lo interesante es la premisa con la que nos convencerán: dejaremos atrás la maldición del Génesis, sin dolor nacerá nuestro hijo. ¿Pero no es esto otra prohibición enmascarada una vez que entendemos que parir podría significar el más grande orgasmo jamás experimentado? Muchas mujeres lo van a elegir, no nos engañemos —dice también Atlan, casi en el mismo tono de Shulamith Firestone—, y se pondrá fin al imperativo biológico que pesa sobre las mujeres desde la existencia de Eva.

El nacimiento en loto practicado sobre todo en China, en Occidente parece una barbaridad. El cordón umbilical no es cortado con el fin de dotar al recién nacido con un extra de nutrientes, aquí te ofrecen cortarlo cuanto antes para almacenar células madre que no utilizarás. A nosotros nos gusta enmascarar las cosas. Pinzamiento tardío de tres minutos que es como si lo cortaras al instante. Piel con piel de quince minutos, hay prisa. Come bebé, ándale, come —y él apenas estaba conectándose con mi calor corporal. Hay prisa.

¿No es Génesis 3:16 una profecía de que también nuestro parto sería arrebatado, no es el dolor al ser violentadas más agotador que el alumbramiento? Los relatos cuyo escenario es la sala de expulsión no me dejan mentir. Algunos rayan, incluso, en lo pornográfico; otros se llenan de trivialidades como el juego de fútbol y qué hicieron el fin de semana. ¿Es posible que no puedan cerrar su bocota ante un momento tan sagrado? Abrir el útero artificial será, imagino, como abrir una bolsa de papitas.

Los biólogos ofrecen recompensa a quien les pueda dar alguna información sobre la placenta de Caín; el enigma del origen, dicen, está ahí.

He recordado a Gregorio, quien en la transfiguración de Epifanía en su madre se alojó de nuevo, por un instante, en su vientre, en sus paredes cálidas.³ Quizá todos queremos en el fondo regresar al vientre de nuestra madre y ver, a lo lejos, el árbol. A medida que pasa el tiempo, el mezquite que habita mi cuerpo toma forma y me engulle en él. Mi piel seca, a falta del hábito de tomar agua, guarda como corteza esos filamentos llamados venas. No hay nada nuevo en esto. La placenta es nuestro árbol perdido.

En el parto hospitalario no escoges a las personas frente a las cuales te desnudarás. Tus nalgas forman parte del día azaroso del médico interino en turno. Parirás con dolor. Mi placenta al igual que la de mi hijo fueron desechadas en una fría cubeta gris, o blanca, seguramente acompañada de gasas ensangrentadas. Digo mi placenta, porque es mía, y es de mi hijo también, como mía es la de mi madre. Ambas, perdidas para siempre, se han retirado

³ En *Los días terrenales*, de José Revueltas.
Yaelí Miranda

en el anonimato. La placenta, un órgano que nace, crece junto con y en nosotras, y muere, es un órgano al que no se le presta atención. Su labor, más ardua que la del corazón, los pulmones o el hígado, no ocupa ni siquiera un espacio en los libros de biología, donde aparece el cuerpo humano. Cuando el útero artificial del que habla Atlan acaezca, todos los órganos estarán ahí, todos menos la placenta.

Le he preguntado a mamá cómo es la placenta. Redonda —dice e intenta formar un círculo con sus manos mientras trata de recordar si fue la de mi hermano o la de mi hermana la que vio. De acuerdo con Gutierre Tibon, “el entierro es todavía la costumbre más difundida en México para disponer de la placenta con propósito mágico y religioso”. Desconozco si mi padre enterró la placenta de mi hermano por algún motivo parecido. De inicio podría decir que no cree en supersticiones, luego aparece la duda. Me pregunto si también enterró la placenta de Anita, su primogénita, bajo un árbol, pero no hay un cordón que nos mantenga comunicadas. Mi placenta, de haber sido enterrada, estaría al pie del mezquite tras la casa. Solo eso explica que me doliera tanto que papá le cortara las ramas.

El vínculo se construye en la infancia. Existe un periodo crítico —como lo llama Michel Odent— para su creación, un breve momento que no va a repetirse jamás. ¿Y si Caín fue despreciado desde el vientre? ¿Si la culpa por perder el paraíso recayó sobre sus hombros frágiles? Es probable que Eva no haya disfrutado de esos primeros meses. ¿Qué será parir con dolor? ¿A qué se habrá referido el Señor?, seguro se preguntó mientras caminaba detrás de Adán.

Mitigar el dolor mientras parimos significó entregar la llave de nuestra casa. Cuando el primer fármaco que

aseguraba eliminarlo por completo apareció en Alemania no dudamos en usarlo. Es nuestro derecho, proclamamos, pero qué es lo que realmente pasaba mientras estábamos en ese sueño crepuscular. Nada. Las mujeres no recordaban nada sobre el parto, algunas habían permanecido inmóviles mientras sacaban al bebé con fórceps, otras cayeron en el delirio y se comportaron como “animales salvajes dentro de una jaula”.⁴ La placenta no impedía que las drogas llegaran al bebé. Nacían drogados, casi inconscientes. El panorama actual no es distinto. La epidural tiene efectos secundarios que nadie te explica. No sabes tampoco, por ejemplo, que existe la epidural móvil, una dosis ligera que te permite caminar, sentir las contracciones y pujar cuando realmente llegan las olas. En cambio, te aplican la dosis que consideren adecuada para que no grites, no sientas, no llores, no te pares, no molestes, y cuando se llega a pasar, la parálisis es angustiada; tu tensión arterial se altera, el tono de los músculos pélvicos se pierde y la cabeza de tu hijo puede encajarse en un lugar incorrecto.⁵ Su trayecto por la curva de Carus es apresurado, la comunicación contigo está obstaculizada, no puedes expulsarlo: se usa fórceps, se arranca la placenta.

El discurso institucionalizado sobre el parto tiene más huecos que letras chiquitas. En ese discurso no cabe lo que somos. Parece que gestar y parir ya no es un misterio. Sin embargo, el principal obstáculo para lograr el útero artificial no es la incubadora en sí, sino la placenta, una máquina mucho más complicada, reconoce Atlan. El hecho de que las dos partes placentarias, la materna y la

⁴ Kitzinger, *La crisis*, p. 189.

⁵ Kitzinger, *Nacer en casa*, p. 30.

fetal, permanezcan unidas a pesar de su desemejanza genética e inmunológica sigue siendo uno de los más grandes misterios biológicos.

Cuando Eva caminaba, ¿inconscientemente ya había rechazado a Caín? ¿Él se habrá sentido abandonado mucho antes de emprender el camino a Nod? La ausencia cava profundo. Es por eso que pienso en él. Caín nunca estará en la lista de nombres hermosos para tu bebé. No me identifico con él por la ofrenda, tampoco con Abel. No me pregunto si se trata de dar lo mejor de nosotras o no. No me pregunto eso. Yo acudo, cada cuándo, a su nacimiento, a su soledad.

Eva, míralo, es tu sangre —le insisto pero está apagada. Mece al niño sentada en una piedra. Mira el horizonte. Dos ríos lejanos la habitan. Adán no ha regresado.

Desde niña las raíces me son un enigma. Frente a la casa se despliegan una serie de arroyos que solo llevan agua cuando cae una tormenta. En ellos las raíces son comunes, oscuras y duras se abrazan a la tierra para no caer a causa de la erosión. Viví mi infancia entre esos arroyos y la parte trasera de mi casa donde sobreviven los mezquites, esos árboles que siempre son talados antes de construir porque nos recuerdan la carencia.

Si el árbol es caos, la placenta es el primer caos al que estamos expuestos. El mezquite envejece [permanece] detrás de mi casa. La intermitencia: desde una rama yo observo los adobes que sostienen la barda, se han desgastado primero pese a que la lluvia cae fuerte sobre los últimos que puso el abuelo décadas atrás. La pared está desnuda, sobre

ella no se vertió mortero ni cal; con el paso del tiempo, las piedras como cotiledones muestran el flujo del agua. La placenta es como una montaña: un misterio donde dos organismos antagónicos se fusionan. Sí, la placenta es una montaña, la montaña a la que Caín huyó. Nod, el destierro que todos atravesaremos alguna vez.

[flujo abierto]

Descripción de un papalote poseído por la distancia*

*Tú no le compraste cuna a tus hijos.
Tus brazos los arrullaron para que
durmieran repegaditos a tu pecho.*

Briceida Cuevas Cob



Pregunto a mi madre cómo se lee *xooch'* cuando abro el libro de Briceida. No sabe. Reconoce una palabra en el poema mientras intentamos pronunciarlo: *kíimil* — dice— *kíimil* es muerte. “El búho”, poema con el que abre *Ti' u bilil in nook'* (*Del dobladillo de mi ropa*) aborda la realidad de los pueblos mayas, seguramente de muchos otros pueblos indígenas. El abandono de las casas al migrar a la ciudad en busca de mejores oportunidades se evidencia en la maleza que crece entre las tumbas del camposanto.⁶ Madre nació en Tunkás, Yucatán, un pueblo que sobrevive al paso del tiempo. Sus habitantes, si no cuentan con algún negocio, ganan el sustento desyerbando terrenos, en pequeños trabajos de albañilería o cuidando fincas de los alrededores. Madre poco sabe ya de su pueblo. Más de treinta años atrás emigró al norte, a otro pueblo que reitera el mismo destino, casas de adobe olvidadas: el tiempo se vive en la tierra que vuelve al suelo.

* Basado en el poema “Papalote”, de Briceida Cuevas Cob.

⁶ Cuevas Cob, B. *Del dobladillo de mi ropa*, p. 21.



La casa exhibe sus venas —escribe Briceida—, cada rincón desmenuza recuerdos. Mamá lo sabe, por eso su añoranza por la casa que habitó tantos años. La poesía de Briceida recorre la memoria de la mujer maya. Los objetos y lugares nos permiten mirar su cotidianidad. Mamá recuerda cada cierto tiempo su jardín y el rastro con el que solía barrer las hojas del tardío otoño. El pozo emerge como un misterio en la voz popular y en los juegos infantiles, pero también como una fuente de vida. Cuando heredamos la casa de Santiago, madre se apresuró a cubrir la noria con maderas y prohibió que nos acercáramos, pero luego se convirtió en la fuente más cercana para regar la huerta que sembraba cada año. El cenote sobrevive en nuestra casa.

Dobladillo de mi ropa recorre todas las facetas de la mujer: la niña, la hija, la mujer, la madre y la anciana, y con ello sus creencias acerca del mundo que habita y con el que teje estrechas relaciones. Madre disfruta sembrar y cultivar flores y frutos de la tierra. Ella realmente se transforma cuando desyerba los terrenos, por eso sobrevivió en el desierto con el papalote en su memoria. Por eso sobrevive a la renuncia de su casa.



La primera vez que vi un papalote fue en Bokobá, otro pueblo pequeño. A mis siete años, regresé al norte con la promesa de volar, algún día, un papalote, pero mamá había olvidado cómo hacerlo. Entonces debí esperar hasta la adolescencia, cuando mis hermanos y yo co-

rimos a desplegar sobre la pasta los papalotes hechos con jarrillas y bolsas de plástico. Los recuerdos también sudan polvo como la casa.

A Lourdes le dijeron que su primogénito sería un hombre. Le regalaron ropa blanca, azul y roja. Paciente, en un pueblo sumergido en las faldas de la sierra, esperó nueve meses para confirmar lo que desde sus entrañas sabía:

Tu madre se puso contenta.
Desde lo más profundo de sus ojos
brotó su amor.
La comadrona le dijo que serías hembra
cuando te vio colgante del vientre panal de
avispa de tu madre.

Tu madre se alegró.
En el borbotello de su añoranza
revoloteó su silencio.

Ella renacería con tu nacimiento.⁷

Al contármelo nunca olvida añadir que lo sabía porque añoraba tener una muñeca a la cual vestir y peinar, de niña no podía hacerlo. Mi abuela —una mujer atravesada por el rechazo de su padre por ser morena— era muy estricta y la dejaba jugar con una sola muñeca por pequeños lapsos de tiempo al día. El rechazo es la emoción salada que probamos en el útero. Un bebé no recordará lo que vio en ese hueco, pero sí lo que sintió.

⁷ Cuevas Cob, “Tu madre”, *Del dobladillo de mi ropa*, p. 75.

Una sensación de inquietud, describe Tomas Verny, algo primitivo que nos acompañará el resto de nuestros días. Cuando mi madre abandonó Yucatán para venirse al norte con mi padre, la abuela no le respondió el teléfono hasta una década después. Antes de colgar le dijo que la quería. Mamá lloró. El útero nos ha unido a las tres y veo en el fogón cómo el ciclo se cierra: Ardo en angustia. / En silencio / le concedo mis ojos para que llore.⁸ Yo no vine al mundo por las manos de una partera, pero sí por las manos de una mujer que vio en mi llanto apenas asomar la cabeza un enojo por haberme tocado. La delicada Pech me pusieron en el brazalete, pues carecía de nombre, luego me alejaron de mi madre. Mis manos son menuditas, como las suyas, siempre lo digo. El color de piel no me impide acudir a su silencio.



Hace poco vi un documental sobre Bacila Tzek Uc, última partera en el pueblo Yaxhachén, Oxkutzcab, Yucatán. Es un momento de asombro cuando el bebé ya es parte del mundo —dice mientras teje en su hamaca. Su sonrisa es espontánea, como la de mi Lourdes. Escuchar su voz y ver sus manos arcillosas ejerciendo la partería me devolvieron a los cálidos brazos de mi madre. Bacila me recibía y cuidaba de mi cordón umbilical, me ponía sobre los pechos de Lourdes y yo comenzaba a ascender la pendiente: soy la niña blanca que esperaba el bisabuelo. En mi piel, imagino que mi abuela llora sus

⁸ Cuevas, p. 35.



recuerdos mientras me acaricia, cuida de mis primeros pasos y cura mi manía de rasparme las rodillas. Abuela murió siete años atrás. El menor de mis hermanos no la conoció, los otros solo la vieron una vez y poco recuerdan, pero yo la visité de nuevo, dormí en su hamaca y la acompañé a darle bolillos a los perros. Era una mujer de pocas palabras, como mi madre, le gustaba salir por la tarde a observar sus flores.



Mi hija crece en el útero, pero el papalote es poseído por la distancia. Nosotras construiremos uno nuevo.

Entropía

Cero centímetros

Siento en las entrañas que mi hija me pide nacer en casa, pero tengo miedo de fallar, de no darle el recibimiento que merece, de ponerla en riesgo si me aferro a traerla al mundo entre las bacterias de estas paredes: el nido que habitamos. La incertidumbre que me acompaña mientras escribo es paralela a la incertidumbre que sacude mi maternidad cada cuándo. Aquí están sus dedos —dice. Regresa al corazón. Aquí vemos sus manos. Regresa al corazón. El hueso más grande que tenemos es el fémur —añade. Mira de nuevo el corazón. G presenta una comunicación interventricular, nada de qué preocuparse, explica el especialista, pero sus palabras suenan lejanas, casi inaudibles. Cierro la llave, el agua tibia deja de caer sobre mi espalda, apago la bocina y salgo lentamente de mi recámara para subirme al carro. Conducimos hacia la habitación blanca. Atrás se queda la calidez de la lámpara de buró, el ondular de las cortinas transparentes por donde entraría la luz matinal, el aroma a café en la cocina. Todo eso sucede en segundos mientras él continúa explicando y sugiere visitar al cardiopediatra. Tendrá que nacer por cesárea —afirma inmediatamente al ver la ecografía morfológica fetal. El consultorio es pequeño, el escritorio pequeño, la camilla pequeña con un gran computador al lado. Me recuesto y le tomo la mano a Sebastián para contener el temblor. Minutos después el especialista confirma que la cardiopatía es noble y no afectará la labor de parto.

En uno de los burós, *Nacer en casa*, de Sheyla Kitzynger, permanece cerrado. Terminé de leerlo y tuve la impresión de contar con todas las herramientas para alcanzarlo, un parto en casa, un parto nuestro. Un instante de clarividencia. La convicción es una golondrina regresando al nido anclado en las vigas de madera de aquella casa que dejó un año atrás, la seguridad de que la puerta estará abierta otra vez. Es subir a lo alto de los álamos y creer que bajaremos igual de fácil, aunque terminemos con las rodillas raspadas. Regresar al hospital me aterraba mucho más que la incertidumbre de esperarla en casa. Quien añade ciencia, añade dolor, recuerdo, pero este dolor ya no era solo mío, lo compartía con todas ellas, las madres que hemos deseado cobijar a nuestros hijos en un rincón de nuestro hogar o en la hendidura de nuestro pecho, las que nos encontramos uniformadas con batas azules dentro de cajas de concreto, atadas con cuerdas de plástico sobre camas de acero inoxidable, horizontales. El dolor entonces no es del todo una experiencia privada, es un árbol fragmentado, son gajos vetustos de un enigma que perteneció a Eva cuando parió a Caín.

Una madre no debería necesitar permiso de ningún médico para dar a luz en casa, pero de alguna manera debes probar que no has perdido la razón. En nuestro trayecto de dos años hacia un parto respetado y humanizado, mi mejor amiga y yo nos sumergimos en aquella curva misteriosa hasta descubrir la línea púrpura. El conocimiento es poder y solo así podríamos enfrentar al sistema; como parturientas en Yucatán, debíamos buscar la forma en la hamaca.

A días de parir cambié de ginecólogo, el anterior se había negado a ser mi plan B en caso de una emergencia durante mi parto en casa. Las mujeres no necesitamos permiso para parir, requerimos toda la información posible para tomar decisiones. Sentada en aquel IHOP me percibí indomable, un brío de esperanza floreció de nuevo cuando salí de aquel consultorio: nuestro corazón estaba preparado para atravesar la curva de Carus y la dilatada noche llegaba a su fin. Estamos listas, pensé.

Tres centímetros

Siempre que sueño con mi padre, el sueño es en realidad una pesadilla. Él nunca aparece como un padre amoroso. Despierto asustada... cansada de huir. La chamarra morada que llevaba puesta en aquel sueño infantil era mi favorita, por eso cuando desperté y la vi colgada a un lado de mi cama, lloré. Desde entonces, esperé la llegada del río creciente, el callejón oscuro, su espalda ancha alejándose. Quizá yo misma provoqué esta lejanía, pero quizá también existe la posibilidad de haber nacido huérfana. Sí, huérfana, sin nombre, o, mejor dicho, impostora, con un nombre ajeno.

Pensándolo mejor, esa es la razón por la cual mis hijos tienen nombre antes de ser concebidos. El espacio que brinda el nombre es mi forma de rehusarme a aceptar la incertidumbre de no saberme amada, el nombre elegido para que nos acompañe el resto de nuestros días. Cambiarlo es quizá el acto de rebeldía que a mis treinta y tantos podría esperarse, pero no creo en esa rebeldía. Rebelarme ante mi nombre fue sacarlo de la

espalda. Solo así me miré desnuda. Solo así regresé al útero materno.

4

La primogénita de mi padre se llamaba Anita en honor a la abuela. No la conocí, su madre huyó con ella y sus dos hermanas, y él no volvió a verlas. A la edad de nueve años, papá me dijo que me parecía a ella. Observé entonces su vestido a cuadros, su cabello castaño, sus ojos nuez intenso que contrastaban con la palidez de los míos.

—Perdóname —dijo con las fotografías en la mano. Era temprano, mis hermanos corrían en la muralla. Papá me pidió acompañarlo al cuarto donde no dormía nadie, abrió una caja y sacó el álbum.

—Toma.

Agarré la foto donde aparecían las tres.

—Llévala contigo siempre —agregó.

Consecutivamente, cada uno de mis hermanos se fueron enterando de su existencia; uno a uno acudió, bajo mi guía, al último cuarto de la casa, abríamos la caja y observábamos las fotos: en el supermercado con sombreros de paja, en una llanta atada a la rama de un árbol que hacía de columpio, de vaqueras en un caballito mecánico. Era mi tarea descifrarles ese otro mundo de papá.

—Escribe una carta a *Mujer casos de la vida real* para pedir que busquen a tus hermanas —me decía de vez en cuando.

He olvidado mis respuestas, creo que nunca lo intenté porque no sabía qué escribir.

—Papá, las encontré —le dije con la voz quebrada una década después.

Afuera el viento apenas y movía las ramas de los mezquites. Mis hermanos y yo lo rodeábamos, él estaba sentado sobre la cama, la cama tenía el mismo cobertor azul que aparece en una de mis primeras fotos infantiles. Encontrarlas fue relativamente sencillo, no así decirle que la mayor, Anita, había muerto a los catorce años por leucemia. Años después me enteré que durante mi primer año de vida papá solía llamarme así, y ese hubiese sido mi nombre de no ser porque en el registro civil no le permitieron el diminutivo. Entonces comprendí que también había algo de Anita en mí, esa niña que mi padre había perdido dos veces. Supongo que es una herida profunda, tan profunda que alcanzó sujetarse a mis pies.

5

Cerré la puerta por voluntad propia. La mica ámbar tenía en ese entonces un pequeño agujero por donde entraba un escaso rayo de luz. El cuarto no tiene ventanas hasta hoy. Cerrar la puerta es un hábito. Sola, a oscuras y en silencio por algunos minutos, imaginaba algo que no logro recordar y me producía satisfacción. Recordar el útero materno quizá sea eso. Ahora comprendo los miedos de mi madre, su obsesivo cuidado para que no existiera la remota posibilidad de morir asfixiada por el peso de mi padre. La ruptura no tiene fecha, se gesta mucho antes del acto de romper. De alguna manera,

este silencio había nacido cuando mi cuerpo aún no emergía del continente negro —como lo llama Boris Cyrulnik— y se extendió durante las siguientes horas, mientras esperaba a mi madre en aquella caja de vidrio, bajo las luces blancas. ¿Cómo sobreviví a semejante ausencia? ¿Por qué no existía esa rabia que otras madres-hijas experimentan? ¿Dónde estaba la respuesta? Mi llegada al mundo estuvo marcada por un profundo abandono que alcanzó hasta mi nombre, pero los días que siguieron fueron como si el cordón umbilical no se hubiese cortado. A falta de cuna, dormía sobre su pecho, la olía todas las noches, escuchaba el compás de aquel espacio ámbar en el que había vivido. Nuestra estrecha relación me parece como un camino que no se forjó en mi etapa adulta, sino ahí, en la oscuridad de esa habitación. También ahí, en la sombra, estaba el abandono, la orfandad que fue descubriéndose el rostro conforme avanzaron los años.

6

Cuando crezca, esta niña va a matarnos —dijo. La mesa era redonda, blanca y brillante por el foco encima, cenábamos y ya olvidé por qué discutíamos. Ahora sé que siempre se trató de mi mirada, algo había en mis ojos que le causaba tanto miedo, yo solía pensar que era odio, pero una vez que el mezquite tomó forma, supe que se trataba de la soledad ya anidada en mi alma, y no, no quería escribir sobre él, hui —mientras pude— de sus ojos olivo.

El abandono es una herencia anticipada. Uno se empeña en guardar en una maleta los fragmentos de

un tiempo que realmente no existió; como Caín, abracé la tierra de Nod mucho antes de que tuviera que marcharme. La soledad es esa maleta llena de recuerdos falsos, ínfimos fragmentos a los que colmamos de trascendencia: mi padre llevándome en hombros a bajar los membrillos, los brazos de mi padre convirtiéndose en péndulo para que crucemos las acequias de las labores. Cuando te acercas demasiado a cualquier recuerdo, las fisuras alcanzan a verse.

7

Soledad originalmente tenía el cuerpo de trapo. Luego de unos cuantos años, mi madre le agregó manos y pies de otra muñeca. Soledad también perdió las pestañas y su cabello rubio, después de eso, algunas veces fue castaño, otras naranja, de estambre o de tela al estilo de una monja, todo dependía de lo disponible. Soledad siempre fue la protagonista de mis juegos; incluso cuando Natalia —una muñeca más bella a mis ojos infantiles— ocupaba su lugar de vez en cuando, en un plano secundario, Soledad reclamaba por mis manos. Soledad también se llamó Marisol, pero la tristeza nunca se ausentaba de sus ojos que yo siempre llenaba de agua para simular el llanto.

8

Todos recibimos una casa en ruinas. Nos empeñamos en mantener intacto cada uno de sus rincones, pero las grietas son visibles ahora. Cada espacio nos habla y nos muestra que el presagio de su ruina estaba ahí,

titubeante ante nuestros ojos infantiles. Los adultos no hablan de la muerte ni de la orfandad. Los niños hacen preguntas simples: ¿por qué murió?, ¿por qué se fue? Y nosotros les heredamos la incapacidad de hablar.

9

En casa no hay reloj, sus adobes me dicen que ya han pasado bastantes años y se despiden, aunque mis ojos lo siguen viendo por las tardes, sin techo, sin vigas, solo adobe. Esther Seligson escribió: «'No tengo a nadie', repite obsesivo mi padre desgranando sus recuerdos. Y es ese mismo niño abandonado el que nos llora dentro a mi hermana y a mí». Me invade la tristeza. Regreso al cuarto vacío y oscuro. Quizá todos estamos ahí, a la espera de que la mica se rompa.

Diez centímetros

Un temblor intenso recorre mi cuerpo. De fondo suena *Flight*, de Johannes Bornlöf. Tengo claro que ella está a segundos de abrir los ojos a este mundo, pero la incertidumbre de no lograrlo asalta de nuevo mi mente. La seguridad adquirida durante el trayecto de nueve meses —más, si tomo en cuenta que inicié este viaje con el nacimiento de su hermano— se disipa.

Dos días antes expulsé el tapón mucoso, durante la noche tuve pocas contracciones, al menos una por hora, así durante todo el martes. Ese día me acosté con la certeza de que ella no tardaba, pero le pedía un día más porque estaba agotada de recorrer farmacias com-

prando toallas obstétricas, pañales para adulto, alcohol, agua oxigenada, sueros y otras tantas cosas de una lista que no había querido ver porque todo apuntaba a tener que acudir al hospital de nuevo. Cuando las expansiones regresaron en la madrugada, sentí cómo llegaban las olas y se iban, pero no vi el mar, en mi cabeza solo miré un árbol, un mezquite para ser exacta, el que está a la entrada del pueblo donde crecí, ese árbol con sus colores terrosos de fondo me tranquiliza. Los árboles que habitan el desierto tienen raíces verticales, viajan tierra adentro a falta de nutrientes y agua en la superficie. Las raíces más profundas de un mezquite fueron descubiertas en una mina de Arizona, Estados Unidos, cincuenta y tres metros bajo tierra.

Mi hermana llegó cuando el sol entraba por la ventana de la cocina, mamá nos preparó desayuno a ambas, las expansiones se aplazaron. Entre las tres ordenamos la casa, limpiamos la recámara donde la recibiría, ellas desinfectaron el baño, acomodé un potus en la repisa de una esquina, sobre el tanque de oxígeno que trajo Mariana. En el mueble que está delante de la puerta del baño dispuse otra planta, un marco con un salmo, una bocina y todo el material de limpieza e higiene que se necesitaba. El espacio estaba limpio y ordenado, con calma doble su ropa y descansé. Estamos listas, pensé. Las expansiones se intensificaron cuando el silencio germinaba en nuestro hogar. La vulnerabilidad que sentía no producía miedo. No había miedo en esa habitación, era lo oculto, el caos. Después de dormir entre cada expansión me levanté y entré al baño acompañada de Sebastián. La pregunta que surgió ahí, sentada en

el inodoro, fue ¿cómo enfrentaré su nacimiento? Si no ponemos la suficiente atención, caeremos en la trampa de creer que el parto en casa se trata de controlar el nacimiento de nuestro hijo. Parir en casa está muy lejos de tener todo bajo control. Eso es una ilusión y nos separa de la verdadera experiencia que es parir. La pregunta rápidamente se convirtió en otra: ¿cómo cederé el control de esto que me sucede? Había leído tanto acerca del proceso fisiológico que me parecía estar frente a un viejo conocido, pero el parto es caos y en el caos habitan las ausencias, el misterio, lo desconocido. Hice una oración porque esa fue la forma de entregarme. Dejar el parto en manos de Dios —explica Barbara Harper— tiene más implicaciones de las que se piensa. En este mundo moderno, la oración podría parecernos una práctica arcaica, pero Harper insiste en que si prestamos atención encontraremos que en muchas culturas se busca dar a la mujer la oportunidad de despertar su espiritualidad durante el proceso del parto. Dudo que el útero artificial que persigue la ectogénesis logre algún día (en diez o cincuenta años) crear este lugar donde creo comprenderlo todo. No me refiero al conocimiento, sino a la magnitud del proceso que he experimentado. Ese reloj interior que describe John Briggs. Su tiempo y mi tiempo [los tiempos] acompasados. Eso tiene que ser. Parir es necesariamente un acto espiritual.

Todo era sutil, pero algo detenía mi entrega a esa vulnerabilidad que me reclamaba. Sumergida en el agua, no dejaba de mirar hacia el exterior, entonces mi hermana entró a la habitación y tomó mi mano un breve instante. Te perdono, papá, pensé mientras sentía su mano

grande y amorosa. Cerré los ojos y me abandoné. El río rodea la habitación. Los sonidos que escapan de mi boca se transforman en gemidos guturales profundos. No he tomado ningún curso para el parto, en cambio he visto muchos videos y fotografías de otras mujeres pariendo. Ina May Gaskin dice que algo hay de poderoso en eso, en ver a otra mujer abriéndose. Siento emerger el jardín que no se encuentra fuera, nuestras manos se hunden en la tierra, su llegada marca el principio de algo que desconozco. G es entonces el origen y lo comprendo. Nazco de nuevo... y olvido. Las grietas del abandono comienzan a cicatrizar. Desentierro mi placenta, su raíz vertical. *Flight* suena de fondo, lejos. Mi hermana canta. Oro, oro, oro para concentrar toda esa fuerza que me recorre en el lugar correcto. Siento cómo me invaden el dolor y el poder, el amor y la angustia, la entrega y el abandono. Un ardor recorre mi vulva, mis piernas y mi cuerpo. Ella anuncia su entrada con un llanto cálido. De debajo de mi vientre, la tomo, rosada y con su cordón aún latiendo, agarrada con fuerza a la toalla que la cubre, envuelta en su lanugo, llena de nuestros fluidos. En mi vientre, mi hija abre los ojos al mundo y trepa hasta encontrar mi pecho. Cómo —me pregunto—, cómo es posible tanta tenacidad. Es otro día. La luz atraviesa las cortinas transparentes. Un mezquite crece en el lugar del cordón umbilical, el fantasma de la raíz amorosa. Restaurar es agotar el nacimiento.

Habitar el vórtice

Beatriz

Beatriz se quedó huérfana a los dos años cuando su madre, fuera de sí, estampó contra un muro a su hermana pequeña que no paraba de llorar. No volvieron a verla ni su nombre se mencionó en casa. Años después, Beatriz también entregaría la custodia de sus tres hijos al pintor José Hernández Delgadillo, no estaba enferma ni desquiciada, solo quería pintar.

Llegué a la Generación de la Ruptura cuando intentaba comprender la palabra *ruptura*, un hallazgo, como solemos llamar a esos momentos donde creemos ser videntes. Así apareció Beatriz Zamora y su negro. En su tercer embarazo, cuando esperaba a Myriam, le advirtieron que por su condición de RH negativa alguna de las dos podría morir, así que se mantuvo en reposo y se prometió dedicarse a la pintura si sobrevivía. A los pocos días del parto retomó los pinceles y desde entonces no ha parado. Yo no fui parte de la Ruptura, yo sí rompí con todo, asegura. Ciertamente su nombre no figura en la lista que frecuenta la crítica, había llegado tarde, o, mejor dicho, se había bajado de aquel barco cuando se divorció y se fue a estudiar a París. El negro la reencontró allá —dice con su rostro inequívoco—, comprendió que el negro le pertenecía y no hubo vuelta atrás. A miles de kilómetros de distancia y otros tantos años en el tiempo, yo contemplo su negro, un solo cuadro en la esquina de un museo provinciano. El encuentro fue mera casualidad, pero yo no creo en las casualidades, era el negro con sus grietas recordándome la ruptura.

Siempre que acudo a algún evento literario me preguntan si sigo dando clases, si mi carrera como docente investigadora continúa o si estoy sumergida en el lago de lo maternal. Comienzo por explicar que dejé la docencia y luego añado que me he tomado un tiempo, una pausa para criar a mis hijos. La conversación termina ahí o con algún comentario afirmativo: es lo mejor, dicen, pero la mayoría de las veces no tienen idea de lo que acaban de decir. Como afirma Susan, para dedicarse en serio a un trabajo creativo, una madre tiene que estar preparada para la batalla más terrible, la batalla contra sí misma.

Virginia

El escritorio está en medio del estudio, justo donde años atrás me detuve a mirar el hueco vacío donde iría la ventana. Mi hijo J se acerca, le doy un beso. Suele jugar a que se esconde tras el velo de las cortinas. Soy una mujer afortunada, me digo, pero no termino nunca de creerlo, y entonces me deprimó. Me embarga de nuevo la imagen de este cuarto vacío, con el bloc desnudo y la ventana hueca, el viento golpeando mi cara aquella tarde que vinimos a revisar el avance de la construcción. Contar con un espacio propio me parecía en ese tiempo una necesidad.

Virginia destaca que rara vez las escritoras hablan de su maternidad, para ser consideradas artistas serias deben dejar fuera el parto y la maternidad que habitan. Aunque en los últimos años eso parece haber cambiado un poco, las artistas siguen apareciendo en público sin sus

hijos, la parte escondida, ajena, la vida íntima le decimos, como dos vidas paralelas que nunca deben trastocarse. He pensado mucho en eso y no tengo una respuesta.

El nacimiento de G coincidió con la fecha en la que concluiría el puesto ejecutivo que dejé pasar para gestar a su hermano mayor. Constantemente me encuentro con esta culpa: el problema ahora no es salir a ocupar un puesto asalariado sino dejarlo para quedarse en casa, vivir ese tiempo hechiceramente cálido que señala Adrienne en su diario. Hemos pasado de la faceta de la mujer dedicada en forma exclusiva al hogar, a la que lleva maletín por las mañanas y se maquilla en el espejo retrovisor, y de esta a la que decide emprender, casi como un requisito a cumplir después de dejar el trabajo remunerado. Un doble trabajo, explica Casilda. No me refiero al deseo genuino de pertenecer a uno u otro grupo, sino a la imposición de tener que pertenecer necesariamente a uno porque criar y realizar tareas de cuidado en el hogar es inferior, es tirar por el sumidero del fregador los años de lucha. La verdadera libertad es poder elegirlo —leo—, pero el tono compasivo denota el centro desde donde te miran y la periferia donde te sitúan. ¿Qué voy hacer con este útero? es la pregunta ante la que acudimos al estrado. El útero como nuestro enemigo, lo que nos separa y nos debilita ¿habrá que extirparlo para dejar de ser el sexo débil? La ectogénesis promete liberarnos del principio de dolores. El órgano central de nuestro sistema erógeno ha sido desplazado, un cuerpo sin útero, describe Ana, y ni siquiera hemos peleado. ¿Qué haré con este útero? La pregunta parece reducirme a un útero, como si mi vida dependiera de su

uso, pero ¿es eso? ¿O es darnos cuenta de que seguimos en un laberinto cada vez más sutil?

La maternidad nos implica a todos, escribe Esther, pero materner se asemeja al trabajo de la placenta, trascendental, pero sin importarle a nadie más allá de quién la ejerce. La maternidad se convierte entonces en el lugar del que buscamos huir o que deberíamos evitar, pero al cual innegablemente entramos y salimos todos los días con la cara lavada. Es la etiqueta que despegamos al cruzar por las puertas de vidrio y de hierro, y la que instalamos nuevamente en su lugar, cerca del estómago, cuando salimos. Ocuparse del cuidado del otro es todavía guardar mi voz, Carol; es mantener a la sombra el compromiso adquirido, Nel; es estar bajo sospecha, Sara; es aprender a usar las palabras correctas para no ser juzgada o mirada con compasión, Virginia. Cuidar a los otros no tiene valor ni siquiera cuando el trabajo es remunerado.

Mi hija duerme sobre mi pecho —justo como J tres años atrás y A dos años después—, podría abrigoarla con mi cuerpo otra vez si me lo pidieran —escribo mientras mi barbilla acaricia su pequeña cabeza—. Si la vulnerabilidad es ciertamente un peso que se lleva auestas, Fabienne, lo es desde el nacimiento. La vulnerabilidad nos incita a pensar en términos de interdependencia y de dejar atrás la falacia del individuo autónomo, pero ante el vínculo roto todas somos vulnerables.

Sylvia

No tenía miedo a morir mientras me trasladaban al hospital. La certeza puede ser mucho más terrible que la duda. Cuando lo vi de espaldas, en medio de ese campo de trigo, deseé que me mirara. Sus cabellos rubios, apenas movidos por el viento, la camisa a cuadros, su cómplice sonrisa... quizá dos años. El parto se complicó durante la madrugada, la llave rota en la lavandería parecía anunciar una noche larga y agotadora. Parir a mi tercer hijo fue entonces una experiencia infinita, un vórtice en mi interior. Suena hueco, pero cómo lo describo.

Después de un parto prolongado, A nació. La ruptura de membranas no ocurrió en un solo episodio, sino a ratos. Esta vez no sentí que él salía por cuenta propia, sino que era yo quien lo expulsaba, pero ¿cómo podía ayudarlo si mi cuerpo estaba exhausto por todos los afanes que atendí previos a su nacimiento? Bañé a mis hijos mayores para que me acompañaran en una tina que no utilicé.

En mi tercer posparto elegí leer *Maternidad y creación*, editado por Moira Davey, pero no lo soporté. Yo supongo que quería encontrar algún tipo de respuesta porque siempre tengo preguntas. Pero en ese momento, me encontraba aún sumida en la experiencia del nacimiento de A, y lo que leía solo me desanimaba. Sin embargo, el texto de Sylvia fue el único que se quedó conmigo, quizá se debió a las similitudes de su espera con la mía, las preguntas ante la infertilidad y el complejo parto de Nicholas, con la diferencia de que yo sí termi-

né con un desgarro de segundo grado y una hemorragia posterior al alumbramiento de la placenta.

Todo se movía a mi alrededor como un torbellino: Mariana masajeaba mi útero, Luisa ponía misoprostol bajo mi lengua, mi hermana sostenía el suero y yo descansaba en los brazos de Sebastián. Rápido, todo pasaba rápido... frío, temblor, fiebre. A apenas y comía, estaba tan cansado como yo. Esta vez no hubo corte tardío del cordón umbilical, ni fotos de la placenta, ni entrada de los niños.

El seguro de gastos médicos mayores no cubrió mi estancia en urgencias, argumentando que no parí en el hospital. Eso sumó una cantidad considerable a nuestro ya estrecho presupuesto porque el parto en casa tampoco es cubierto por los seguros médicos. Al llegar, me separaron de mi hijo por cinco horas, y si no hubiese sido por el pertinente trabajo de mi ginecólogo, el sistema me hubiera retenido más tiempo. Mi regreso al hospital —como yo lo llamo— fue una experiencia ambivalente. Parir en casa no debería ser un privilegio.

Nueve meses después, he retomado aquel libro sobre madres que escriben y creo puedo entenderlo un poco, o por lo menos me veo trazada en algunos fragmentos. “¿Nos veremos siempre obligadas a escribir el libro y a negar el hijo (no el hijo que éramos, sino el hijo que tenemos, o podríamos tener), o bien a amar al hijo y aplazar el libro, o renunciar a escribirlo?”, se pregunta Susan. Cuando escribo, mis hijos suelen estar al límite de sus emociones. Yo no puedo parar por horas, las pausas me abruma. Ellos no entienden de espacio ni de habitaciones propias.

Adrienne

Hace poco asistí a la presentación de una novela. ¿Cuándo escribes?, me preguntó el escritor cuando le presenté a mis tres hijos. [No escribo] Cuando tengo oportunidad, a ratos, no tanto como quisiera, algo así respondí. Ahora mismo escribo esto en la mesa del comedor, acabo de picar cebolla y cilantro. Escribo por temporadas. Eso es todo.

Adrienne contrató a una doméstica que cuidara a sus tres hijos dos horas a la semana para poder escribir poesía, y se sentía culpable por ello. Con frecuencia suelo escuchar que es posible ser madre y seguir escribiendo. Concuerdo, pero la frase arde en las entrañas, ahí donde gesté a mis tres hijos. Luego pasan los días, miras sus ojos, los dedos les apuntan, aparece una distancia insuperable y tú piensas que no eres lo suficiente para seguir escribiendo en tanto eres madre, porque escribir y convertirte en madre algo tienen de parecido, ambas requieren de toda tu disposición, concentración y entrega [sacrificio]. Algunos días recuerdo, ya sin recordar, la idea que se quedó entre las sábanas tendidas al sol o bajo el montón de papel de baño lleno de mocos en una bolsa de súper. No, pensé entonces, no siempre se puede seguir escribiendo cuando se es madre. Algunos días tendrás que ignorar los pasos de tu hijo que viene a pedirte que bajes a ver la habitación de policía que construyó, y luego se marchará un poco decepcionado porque no dejaste el lápiz sobre el cuaderno. En la maternidad, como en todo lo demás, existen etapas, y navegar entre ellas es lo primordial, donde concentra-

mos todas nuestras fuerzas para esperar otro día u otra noche en que podamos escribir. Así pasan los meses en los que no escribes nada. Te lamentas. Es que la vida del artista también está dispuesta bajo una rigurosa disciplina de escribir todos los días: escribe por las mañanas, lleva un diario, carga una libreta, dicen quienes no son madres. No, no siempre puedes escribir cuando maternas y es necesario decirlo. Tal vez, como dice Susan, si las mujeres que ahora estamos criando [escribiendo mientras criamos] a nuestros hijos decimos la verdad, puede que al final podamos ver.⁹

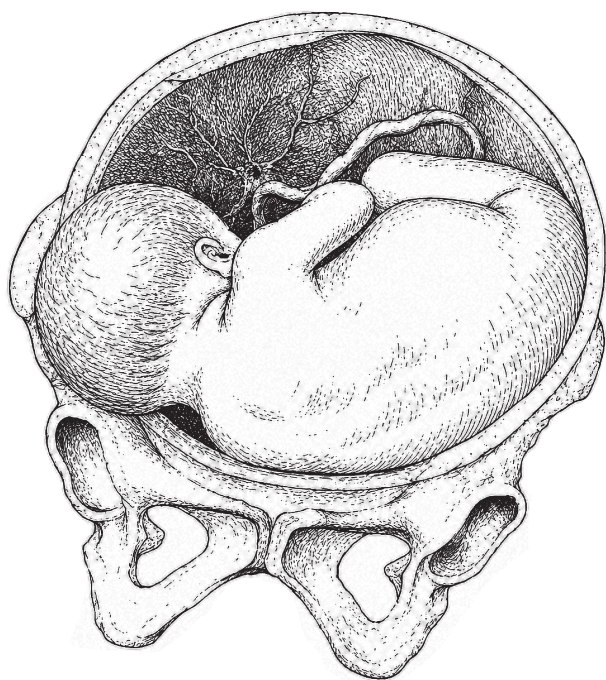
⁹ Los nombres completos de las autoras que aparecen en este ensayo son: Beatriz Zamora, Susan Rubin Suleiman (página 82 y 86), Virginia Held, Adrienne Rich, Casilda Rodríguez, Ana Cachafeiro, Esther Vivas, Carol Gilligan, Nel Noddings, Sara Ruddick, Fabienne Brugère, Sylvia Plath y Susan Griffin (página 88), sus apellidos fueron intencionalmente eliminados.

Lecturas consultadas

- Atlan, H. (2007). *O Útero Artificial*. Instituto Piaget.
- Alvarez, M. (1993). *Cuerpo*. Fundarte.
- Botella, J. (1993). *La placenta. Fisiología y patología*. Ediciones Díaz de Santos.
- Briggs, J. y Peat, F. D. (1999). *Las siete leyes del caos*. Grijalbo.
- Brugère, F. (2022). *La ética del cuidado*. Ediciones Metales pesados.
- Cachafeiro, A. et al. (2015). *Ensayos sobre el útero. Parto orgánico y sexualidad femenina*. Ediciones La Social.
- Camps, V. (2021). *Tiempo de cuidados*. Arpa & Alfil Editores.
- Cuevas, B. (2008). *Ti' u billil in nook' (Del dobladillo de mi ropa)*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Davey, M. (ed.). (2020). *Maternidad y creación*. Alba editorial.
- Davis-Floyd, R. (2018). Emergencias durante partos domiciliarios en Estados Unidos y México. El problema con el traslado. En Sánchez, G. y Laako, H. (ed). *Parterías de Latinoamérica: Diferentes territorios, mismas batallas* (pp. 154-212). El Colegio de la Frontera Sur.
- Ellenberger, H. F. (1976). *El descubrimiento del inconsciente*. Editorial Gredos.
- García, E. (2021). *Partos arrebatados. La violencia obstétrica y le mercado de la sumisión femenina*. Editorial Ménades.
- Gaskin, I. M. (2021). *Nacer importa. Un manifiesto de partería*. Ediciones La Llave.

- Goberna-Tricas, J. y Boladeras, M. (2018). *El concepto «Violencia obstétrica» y el debate actual sobre la atención al nacimiento*. Editorial Tecnos.
- Harper, B. (1996). *Opciones para un parto suave*. Inner Traditions International.
- Held, V. (1993). *Feminist Morality. Transforming Culture, Society and Politics*. The University of Chicago Press.
- Kitzinger, Sh. (2015). *La crisis del parto*. Editorial OB STARE.
- Kitzinger, Sh. (2002). *Nacer en casa*. RBA libros.
- Laako, H. (2017). *Mujeres situadas. Las parteras autónomas en México*. El Colegio de la Frontera Sur.
- Lattus, J. El arte como aporte a la obstetricia. *Revisión histórica*, 11(1), 57-70.
- Lim, R. (2014). *La placenta. El chakra olvidado*. Editorial OB STARE.
- Merino, G. (2019). *El dementerio del fórceps. Independently published*.
- Odent, M. (2011). *El nacimiento en la era del plástico*. Editorial OB STARE.
- Olza, I. (2017). *Parir. El poder del parto*. Sipan Barcelona Network.
- Reyes, A. (2017). *Libros y libreros en la antigüedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de sueños.
- Rodríguez, C. y Cachafeiro, A. (2007). *La reprensión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente*. Ediciones Crimentales.
- Rodríguez, C. (2007). *Pariremos con placer*. Ediciones Crimentales.

- Ruddick, S. (1995). *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace*. Beacon Press Books.
- Schallman, R. (2007). *Parir en libertad*. Ediciones Sudamericana.
- Seligson, E. (1996). *Hebras*. Ediciones sin nombre.
- Strickland, A. (2020). *Jats'uts Meyah*. Lobo Luna Producciones.
- Tibon, G. (1981). *La triade prenatal*. Fondo de Cultura Económica.
- Trevisan, M. (2016). *Restaurar y pintar los muebles*. Editorial de Vecchi.
- Uribe, R. (2002). *La invención de la mujer. Nacimiento de una escuela médica*. Fondo de Cultura Económica y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Verny, Th. y Kelly, J. (1988). *La vida secreta del niño antes de nacer*. Ediciones Urano.
- Vivas, E. (2019). Mamá desobediente. *Una mirada feminista a la maternidad*. Capitán Swing.
- Wilson, B. (2013). *La importancia del tenedor. Historias, inventos y artilugios en la cocina*. Turner Publicaciones.



Contenido

[<i>turbulencia</i>]	19
Grano fino	21
Ruptura de una madre	26
Mujer horizontal	32
[<i>bifurcación</i>]	43
La curva de Carus	45
La placenta de Caín	54
[<i>flujo abierto</i>]	63
Descripción de un papalote poseído por la distancia	65
Entropía	70
Habitar el vórtice	81
Lecturas consultadas	89



Soltar las amarras



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx





Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México

